

7. EL TRABAJO DESAFÍO PARA LA FAMILIA

A. Canto y saludo inicial

B. Invocación del Espíritu Santo

C. Lectura de la Palabra de Dios

«Luego plantó el Señor Dios un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado. «El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal. «De Edén salía un río que regaba el jardín, y desde allí se dividía en cuatro brazos. «Tomó, pues, el Señor Dios al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara (**Gn 2, 8-10.15**).

«Al hombre le dijo: «Porque hiciste caso a tu mujer y comiste del árbol que yo te prohibí, maldito sea el suelo por tu culpa: con fatiga sacarás de él tu alimento todos los días de tu vida. «Te producirá cardos y espinas y comerás la hierba del campo. «Ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste sacado. ¡Porque eres polvo y al polvo volverás!» (**Gn 3, 17-19**).

D. Catequesis bíblica

1. El Señor Dios plantó un jardín en Edén. El jardín en Edén es un don que viene de las manos de Dios, un lugar espléndido, rico de agua que irriga todo el mundo. La primera tarea que Dios confía al hombre después de haberlo creado es **trabajar en su jardín, cultivándolo y cuidándolo**. El hálito de vida que Dios ha infundido en la humanidad, la enriquece de creatividad y de fuerza, de genialidad y de vigor, a fin de que sea capaz de colaborar en la obra de su creación.

Dios no guarda celosamente su obra, sino que la pone a disposición de los hombres, sin ninguna desconfianza y con gran generosidad. No sólo confía a su cuidado todas las demás criaturas, sino que dona a los hombres el espíritu, a fin de que participen activamente en su creación, plasmándola según su designio. El espíritu es la singularidad que Dios ha puesto en la criatura humana para que se haga cargo, para Él y con Él, de toda la creación.

Los hombres no han sido creados, como sostenían algunas religiones del Antiguo Oriente, para sustituir el trabajo de los dioses o para ser sus esclavos en los servicios más humildes. Dios quiso a la humanidad para que se hiciera cargo de la naturaleza creada **colaborando activamente** en su obra creativa.

En la tradición bíblica el trabajo manual goza de una gran consideración y en las escuelas rabínicas se combina con el estudio.

Hoy frente a un desprecio creciente por algunos tipos de profesiones, especialmente artesanales, es más oportuno que nunca redescubrir **la dignidad del trabajo manual**. La custodia y el cultivo del jardín terrestre encomendado por Dios a la humanidad no concierne sólo a la mente y al corazón, sino que usa también las manos. El trabajo agrícola y la producción artesanal e industrial siguen siendo dos fundamentos del trabajo a través de los cuales los hombres contribuyen al desarrollo de cada persona y de toda la sociedad. Como dice la **Laborens Exercens**, 9: «El trabajo es un bien del hombre –es un bien de su humanidad– porque mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en cierto sentido “ se hace más hombre”».

2. El Señor Dios tomó al hombre y le puso en el jardín de Edén. Dios no sólo planta un jardín, sino que pone al hombre a vivir en él. Da el jardín terrestre a los hombres a fin de que vivan en comunión entre ellos y, trabajando, se hagan cargo de sus vidas recíprocamente. El trabajo no es castigo divino, como se imaginaba en los mitos antiguos, ni condición de esclavitud, como se pensaba en la cultura greco-romana: es más bien una actividad constitutiva de todo ser humano. El mundo espera que los hombres se pongan a trabajar. Tienen **la posibilidad y la responsabilidad de realizar en el mundo creado el diseño de Dios Creador**. En esta óptica, el trabajo es una forma según la cual el hombre vive su relación con Dios y su fidelidad a Él.

El trabajo, por tanto, no es la finalidad de la vida: conserva su justa medida de medio. El fin es la comunión y la corresponsabilidad de los hombres con su Creador. Si el trabajo se convierte en un fin, la idolatría del trabajo ocuparía el puesto de la colaboración que Dios pide a los hombres. A estos no se les pide simplemente que trabajen, sino que trabajen «labrando y cuidando» la creación divina. **El hombre no trabaja autónomamente, sino que colabora a la obra de Dios**. Su colaboración, por otro lado, es activa y responsable, de modo que, rehuendo la pereza y ejerciendo la laboriosidad, «labra y cuida» la tierra «trabajando».

El trabajo previsto para el hombre en el jardín de Edén es el del campesino, que consiste principalmente en cuidar la tierra a fin de que la semilla sembrada muestre toda su fertilidad, dando fruto abundante. Promover la creación sin alterarla, respetar las leyes inscritas en la naturaleza, ponerse al servicio de la humanidad, de todo hombre y mujer creados a imagen y semejanza de Dios, actuar para liberarlos de cualquier forma de esclavitud, incluida la laboral: son algunas de las tareas asignadas al hombre a fin de que contribuya a hacer de la humanidad una única gran familia.

3. Para que lo cultivara y lo cuidara. Mientras que en el primer relato de la creación (**Gn 1**) se anuncia que el hombre dominará sobre los animales y someterá la tierra, en el segundo relato (**Gn 2**) se alude más bien a la siembra y al cultivo. Y, aunque en la primera narración no se hace referencia a un dominio despótico, sino más bien al generoso señorío del soberano que sabia y equitativamente procura el bien de su pueblo, en el segundo se hace referencia a la paciencia y a la esperanza, durante la espera de los frutos.

Durante el tiempo de la espera, se pide al hombre la virtud de la fidelidad, semejante a la que se pedía a aquellos que, en Israel, prestaban servicio religioso en el templo. La laboriosidad del hombre exige además la humildad del campesino que observa la tierra para adivinar cómo es mejor cultivarla, al igual que la modestia del carpintero que trabaja la madera respetando sus vetas.

La explotación justa de los recursos terrestres implica la salvaguardia de la creación y la solidaridad con las futuras generaciones. Una máxima india enseña que «nunca deberíamos pensar que hemos heredado la tierra de nuestros padres, sino que la hemos tomado prestada de nuestros hijos». La tarea de cuidar la tierra exige el respeto de la naturaleza, en el reconocimiento del orden deseado por su Creador.

De ese modo, el trabajo humano escapa a la tentación de dilapidar las riquezas y arruinar la belleza del planeta tierra y, en cambio, hace que sea, según el sueño de Dios, el jardín de la convivencia y de la convivialidad de la familia humana, bendita por el Padre celestial.

4. Ganarás el pan con el sudor de tu frente. El riesgo de que el trabajo se convierta en un ídolo vale también para la familia. Esto sucede cuando la actividad laboral detiene la primacía absoluta respecto a las relaciones familiares, cuando ambos cónyuges se dejan deslumbrar por el beneficio económico y basan su felicidad solamente en el bienestar material. El riesgo de los trabajadores, en todas las épocas, es olvidarse de Dios, dejándose absorber completamente por las ocupaciones mundanas, con la convicción de que en estas se encuentra la satisfacción de todo deseo. El justo equilibrio laboral, capaz de evitar estas derivas, requiere el **discernimiento familiar acerca de las decisiones domésticas y profesionales**. Al respecto, es injusto el principio que delega el trabajo doméstico y el cuidado de la casa sólo a la mujer: toda la familia debe participar en este compromiso según una distribución equitativa de las tareas. Por lo que se refiere, en cambio, a la actividad profesional, ciertamente es oportuno que los cónyuges se pongan de acuerdo para evitar ausencias demasiado prolongadas de la familia. Lamentablemente, la necesidad de proveer al sustento de la familia demasiado a menudo no da a los cónyuges la posibilidad de elegir con sabiduría y armonía.

El descuido de la vida religiosa y familiar contraviene el mandamiento del amor a Dios y al prójimo, que Jesús indicó como el primero y el mayor (cf. **Mc** 12, 28-31). Reconocer su amor de Padre con todos sus dones, vivir en ese horizonte es lo que Dios desea para toda familia humana. **Reconocer el amor del Padre** que está en los cielos y vivirlo en la tierra es la vocación propia de toda familia.

La fatiga forma parte integrante del trabajo. En la época actual del «todo y en seguida», la educación a trabajar «sudando» resulta providencial. La condición de la vida en la tierra, sólo provisional y siempre precaria, contempla también para la familia fatiga y dolor, sobre todo por lo que se refiere al trabajo que hay que realizar para mantenerse. La fatiga laboral, sin embargo, encuentra sentido y alivio cuando se asume no para el propio enriquecimiento egoísta, sino para compartir los recursos de vida, dentro y fuera de la familia, especialmente con los más pobres, en la lógica del destino universal de los bienes.

A veces los padres se exceden a la hora de evitar cualquier fatiga a los hijos. No deben olvidar que **la familia es la primera escuela de trabajo**, donde se aprende a ser responsables, de cara a sí mismos y a los demás, del ambiente común de vida. La vida familiar, con sus obligaciones domésticas, enseña a apreciar la fatiga y a robustecer la voluntad con vistas al bienestar común y al bien recíproco.

E. Escucha del Magisterio

*El cristiano reconoce el valor del trabajo, pero sabe ver en este también las deformaciones que ha introducido el pecado. La familia cristiana, por tanto, acoge el trabajo como una providencia para su vida y la vida de sus familiares. Pero evita hacer del trabajo un valor absoluto y considera esta tendencia, hoy tan generalizada, como una de las tentaciones idolátricas de la época. No se limita a afirmar una convicción distinta. Organiza su vida de modo que resalte una prioridad alternativa. Hace suya la preocupación del punto 9 de la *Laborem Exercens*, para que en el «trabajo, mediante el cual la materia es ennoblecida, el hombre mismo no sufra mengua en su propia dignidad».*

Trabajo: un bien para la persona y su dignidad

No obstante, con toda esta fatiga –y quizás, en cierto sentido, debido a ella– el trabajo es un bien del hombre. Si este bien conlleva el signo de un “bonum arduum”, según la terminología de santo Tomás; esto no quita que, en cuanto tal, sea un bien del hombre. Y no sólo es un bien “útil” o “para disfrutar”, sino un bien “digno”, es decir, que corresponde a la dignidad del hombre, un bien que expresa esta dignidad y la aumenta. Queriendo precisar mejor el significado ético del trabajo, se debe tener presente ante todo esta verdad. [...]

Si se prescinde de esta consideración, no se puede comprender el significado de la virtud de la laboriosidad y más en concreto no se puede comprender por qué la laboriosidad debería ser una virtud: en efecto, la virtud, como actitud moral, es aquello por lo que el hombre llega a ser bueno como hombre. Este hecho no cambia para nada nuestra justa preocupación, a fin de que en el trabajo, mediante el cual la materia es ennoblecida, el hombre mismo no sufra mengua en su propia dignidad. Además, es sabido que se puede usar de diversos modos el trabajo contra el hombre, que se puede castigar al hombre con el sistema de trabajos forzados en los campos de concentración, que se puede hacer del trabajo un medio de opresión del hombre, que, en fin, se puede explotar de diversos modos el trabajo humano, es decir, al hombre del trabajo. Todo esto da testimonio en favor de la obligación moral de unir la laboriosidad como virtud con el orden social del trabajo, que permitirá al hombre «hacerse más hombre» en el trabajo, y no degradarse a causa del trabajo, perjudicando no sólo sus fuerzas físicas (lo cual, al menos hasta cierto punto, es inevitable), sino, sobre todo, menoscabando su propia dignidad y subjetividad. [*Laborem Exercens*, 9]

F. Preguntas para la pareja de esposos y para el grupo

PREGUNTAS PARA LA PAREJA DE ESPOSOS

- ¿Sabemos sostenernos en nuestras respectivas fatigas profesionales?
- ¿Buscamos con interés ocasiones en las que desempeñar juntos un trabajo manual?
- ¿Nuestros hijos comprenden la fatiga del trabajo y el valor del dinero ganado con empeño y esfuerzo?
- ¿Sabemos compartir los ingresos de nuestro trabajo también con los pobres?

1. PREGUNTAS PARA EL GRUPO FAMILIAR Y LA COMUNIDAD

1. ¿Cómo incide la crisis económica en la vida de nuestras familias?
2. ¿En nuestras comunidades cristianas nos preocupamos por cuantos no tienen empleo, o bien tienen un trabajo precario, poco retribuido o insalubre?
3. ¿Qué decisiones concretas puede tomar la familia para educar a los más pequeños a la «salvaguardia de la creación»?
4. ¿Existen todavía formas de esclavitud en el mundo laboral? ¿Cómo vencerlas, afrontarlas y superarlas?

G. Un compromiso para la vida familiar y social

H. Preces espontáneas. Padre Nuestro

I. Canto final